

La dependencia del tabaco

Por ENRIQUE GUARNER

LA especie de la planta del tabaco tiene su origen en América. Su mismo nombre es indígena y en el templo mayor de Chichen Itzá existe un bajo relieve en el que aparece un sacerdote maya expulsando espesas nubes de humo que proceden de un cilindro.

Cuando en 1492, Cristóbal Colón descubrió el Continente vio rollos del mismo tipo y en «Los cuatro viajes del Almirante y su testamento» los describe como: «una planta en forma de rulo, medio quemada que los habitantes tienen la costumbre de fumar». Bernal Díaz del Castillo en su «Historia verdadera de la conquista de la Nueva España» nos cuenta: «el desgraciado rey Mōctezuma II después de las comidas solía chupar en un tubo de oro antes de acostarse». Las pipas más antiguas que los indios poseían eran tubulares, de tal forma que las acodadas que se introdujeron en Europa pertenecían a un tipo posterior.

En América el tabaco se hallaba tan difundido que existían tribus que no cultivaban ninguna otra planta. Todavía hoy en día en la región del Amazonas los indígenas fuman cigarros de un tamaño tan descomunal que tienen que sostenerlos sobre horquillas de madera. La razón de la costumbre partía de que se le atribúan virtudes medicinales y era común que se tragaran el humo hasta producir el desmayo.

Fue por lo anterior que en 1671 el médico español Nicolás Menardes encomiara el tabaco como remedio de todo tipo de enfermedades. Puede decirse que durante todo el siglo XVI se cultivó en Europa como un fármaco que además adornaba jardines y huertos. En 1600 el francés Jean Nicot, que era embajador de la corte lusitana,

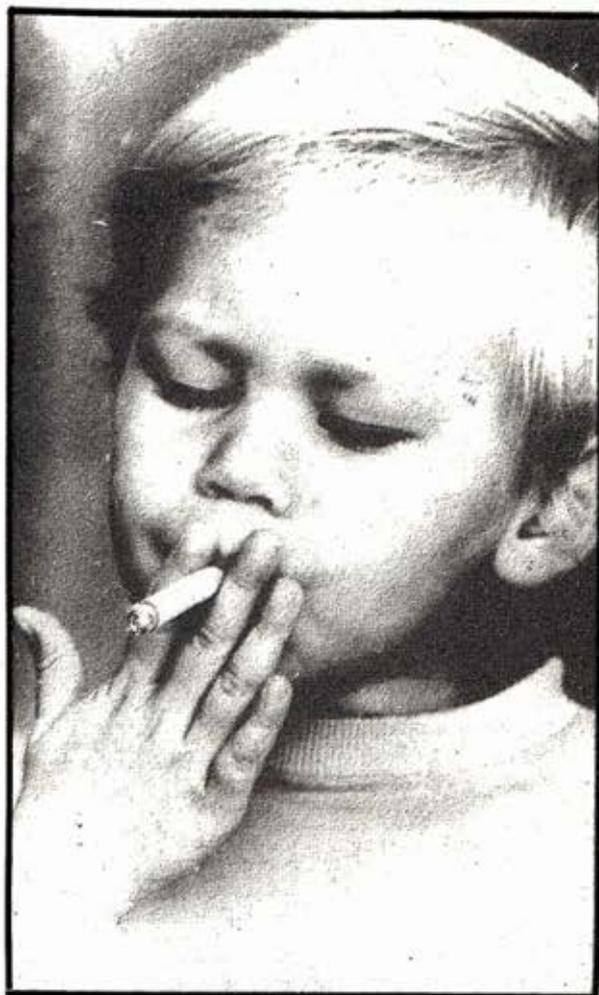
aprendió a fumar y llevó la costumbre a Francia y de él se deriva la palabra nicotina. En Alemania fueron las tropas de Carlos V las que dispararon la «borrachera seca» como entonces se denominaba a la intoxicación. En 1719 apareció en este país una recopilación denominada «La apreciada y loada planta del tabaco» defendiendo la nueva costumbre. Los altos oficiales y visitantes más distinguidos se reunían en las tertulias de los fumadores entre los que se contaban Federico I de Prusia y sus hijos.

Al extenderse el hábito, los estados no tardaron en comprender que el tabaco era una artículo innecesario, pero que consumido en cantidades enormes podía convertirse en un adecuado objeto para cobrar impuestos. A comienzos del siglo XVII su gravamen fiscal obedeció al aparente deseo de proteger la salud pública. En 1604 el rey Jaime I de Inglaterra se refería al fumar como una rama de la borrachera que es la raíz del pecado. Pronto este mismo criterio fue adoptado en Francia y Austria pensando en el erario, donde la venta se dejó en manos del Estado.

Debo agregar que el tabaco siempre tuvo grandes enemigos como Oliver Cromwell y el zar Miguel Feodorovitch, fundador de la dinastía de los Romanoff, quien mandó en 1634 cortar la nariz de los fumadores. Hasta 1848 estaba prohibido el uso de cigarrillos en las calles de Gran Bretaña, pero pronto las protestas hicieron que la ley se volviera más flexible.

Factores psicológicos

La separación del abuso de las drogas dentro de dos categorías: habituación y adicción, nunca ha satisfecho a los científicos. Es por ello que en 1964, la Organización Mundial de la Salud propuso el uso de un sólo término: dependencia y sugirió que cada estupefaciente provocaba necesidades físicas y psicológicas. Las primeras in-



dicarían cambios adaptativos fisiológicos que incluirían: 1) tolerancia a sus efectos e incremento de la capacidad para metabolizarlos y 2) síntomas de abstinencia que serían el resultado de un rebote, cuando se ha reducido la ingestión o inhalación de la droga. En el aspecto psicológico estaría el deseo y antojo de carácter subjetivo que no puede detenerse con nada. Parecería como que el mecanismo de fumar envuelve una especie de ritual que se inicia desde la manera como se enciende, se inhala y expulsa el humo, y hasta la forma como se apaga la colilla. Algunas personas llegan a no pensar si no satisfacen sus labios, porque se diría que las palabras están escritas en el tabaco. Otras utilizan el fumar como una manera de tranquilizarse y lo necesitan en períodos de tensión.

A lo largo de la historia uno de los factores sociológicos que favoreció el tabaquismo fue la idea de que se le asociaba con una situación de status o de riqueza. Incluso en épocas anteriores en México se pensaba que el cigarrillo representaba el «machismo». Véanse si no las películas de los cuarentas en las cuales los personajes de la clase pudiente fumaban sin cesar. En los últimos tiempos la moda ha ido desapareciendo y poco ha quedado de ella.

Numerosos autores han identificado al individuo dependiente del tabaco como impulsivo, arriesgado, beligerante, bebedor y extrovertido. Aunque existe validez en cuanto a la descripción de ciertos rasgos, creo que estadísticamente carecen de gran significación. Lo mismo puede decirse de algunos trabajos que indican un exceso de tensión emocional y angustia.

Para los que somos psicoanalistas las bases del uso del cigarro se encuentran en elementos orales insatisfechos y búsqueda de la gratificación de frustraciones sufridas en la temprana infancia. Esta teoría queda apoyada por la situación de que cuando se logra abandonar el fumar se recurre a mascar chicles, comerse las uñas, se tiende a la obesidad o se incrementa el consumo de alcohol. El carácter oral fue introducido en el Psicoanálisis por Karl Abraham en 1916, quien describía a las personas enclavadas en esta fase del desarrollo como extremadamente dependientes y necesitadas de la estimación y reconocimiento de los demás. Para estos individuos la cavidad

oral es la que aporta las mayores satisfacciones y cuando se deprimen se alimentan o beben para escapar del síntoma. Asimismo igualan el amor a la comida y pasan del optimismo al pesimismo debido a la privación que sufrieron en la etapa más temprana de su evolución.

En los caracteres orales se observan variantes entre la generosidad y la mayor avaricia. Recuérdese que el niño puede escupir la leche, pero también retenerla en la boca. Es por ello que todas las situaciones son medidas en cuanto a lo que reciben a cambio de lo que dan. De allí que se observe de acuerdo con Abraham un deseo de recibir una renta perpetua como máxima aspiración de una vida. Los regalos adquieren la mayor trascendencia y siempre están esperando amor y apoyo.

Por lo tanto, el individuo con fuertes frustraciones orales tiende a incorporar el hábito del tabaco. La adquisición del problema suele tener lugar durante la adolescencia, donde en un principio se fuma por curiosidad o porque aquellos que son más valientes lo hacen. En sus comienzos el sabor del cigarrillo, así como el humo tienen que ser desagradables, pero en forma paulatina se va adquiriendo un cierto grado de tolerancia y se incrementa el interés en fumar a escondidas, puesto que en general no es admitido por los padres. Varios son los factores que provocan el que el tabaquismo se transforme en algo popular: 1) El número de amigos que lo practican; 2) El que los progenitores también lo hagan; 3) La idea de que se avanza sobre los demás, o sea, que ya se establece una precocidad junto con la sexualidad y 4) La anticipación de la edad adulta.

Una vez que el hábito se vuelve regular surge la necesidad imperiosa por el efecto farmacológico de la nicotina, la cual se convierte al mismo tiempo en sedante y estimulante, porque frecuentemente tranquiliza y cuando no se fuma la persona pierde confianza.

Hoy en día la dependencia hacia el tabaco ha ido disminuyendo sobre todo a raíz de la publicación del informe Perry según el cual los fumadores sufrían 12 veces más de cáncer pulmonar, 5 de enfisema, 4.8 de infarto y arterioesclerosis. La única cifra ligeramente menor e insignificante estadísticamente hablando era el suicidio.

En conclusión el hábito del tabaco es fácil de adquirir, pero difícil de quitar.